



Otra vuelta de tuerca

Spinoza y Borges

4/0194

El encuentro de dos

Jorge Luis Borges quiso escribir un libro sobre Baruch Spinoza, para lo cual reunió una profusa bibliografía sobre el autor de la *Ethica*, de la que preñó versiones en castellano, francés, inglés y alemán. "Me he pasado la vida explorando a Spinoza", confesó. Sin embargo, nunca escribió ese libro, siempre con el intervalo de diez años, compuso dos sonetos en homenaje al filósofo. ¿Por qué un hombre que dedicó una larga vida productiva a la literatura —escritó durante más de 60 años— no pudo llevar a cabo ese proyecto? ¿Qué se lo impidió?

"Juníe los materiales, y luego descubrí que no podía explicar a otros lo que yo mismo no podía explicarme", admitió. Quizás la resistencia de Borges a escribir, finalmente, el libro sobre Spinoza fuera la misma que sentía para hablar de sí mismo. Borges poseía un gran sentido de la asevera, aunque paradójicamente, la noción más buscada —lo llevó en las últimas décadas de su vida a estar en la mitad de los medios de comunicación, incluso de aquellos más sensacionalistas. Por ello, al enterarse de que padecía un cáncer incurable, decidió, contra todos los condicionamientos militares e incluso ideológicos, mudarse, para morir en paz, en una ciudad extranjera.

Aquella sospecha se incrementó leyendo la transcripción del diálogo que Borges sostuvo la tarde del 16 de enero de 1981 con el público que escuchó su conferencia sobre Spinoza en el salón de actos de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Uno de sus oyentes, uno de los psicocanalistas que estaban allí aquella tarde, le preguntó por qué había dicho Borges que Spinoza nunca podría haber hablado con Quevedo. Iba a explicarle que antes, en otro momento de la conferencia, se había mencionado de que en la biblioteca del Museo de La Haya estaban Cervantes y Quevedo. Y Borges, ante la pregunta de su interlocutor, se explgó sobre la desastrosa Quevedo. Pero lo hizo de una manera sorprendente, de una manera que instala la hipótesis en la que se basan estas líneas. Es sorprendente, en efecto, la forma que tuvo Borges de aludir a ese triángulo (Spinoza, Borges, Quevedo). En la tarde de ese 16 de enero de 1981, en la casa de los psicocanalistas de Buenos Aires, Borges dijo textualmente estas palabras: "Al decir Spinoza creí que pensé en mí. Yo no podría conversar con Quevedo".

Dos sonetos

Cuando Borges, aquél 16 de enero de 1981, habló ante los psicocanalistas de Buenos Aires, aún era partidario de la dictadura que entonces gobernaba el país. Había accedido a comer con Videla, lo elogió, se dejó condecorar por Pinochet, alentaba un golpe de Estado contra James Carter.

Pero las cosas habían cambiado cuando Borges volvió a hablar sobre Spinoza, otra tarde, la del 1 de abril de 1985, en la Sociedad Hebreo Argentina. Entre ambas fechas, en realidad a fines de 1981, antes de la guerra de las Malvinas, en un documental para la BBC, hablando en inglés, había dicho: "Al ser ciego, y no leer los diarios, yo era muy ignorante. Pero la gente vino a mi casa a contarme historias tristes sobre la desaparición de sus hijos, esposos, así que ahora estoy bien enterado... Ahora, lo sé todo sobre esa miseria, y esos crímenes...".

Entre una y otra loca, discretamente, sin albaracas, algunas madres iban subiendo, una y otra vez, al modesto salón que puso de la calle Maipú, para hablar, en susurros, poco menos que en secreto, con Borges.

Vida en la sombra

Un poco más de tres siglos antes también hubo visitas discretas en la modesta casa de pensión del decorador Van Der Spek, en la Parilengongracht de La Haya, en una de cuyas habitaciones vivía el filósofo y píldor de lentes Baruch Spinoza. Un sombrío carruaje negro con las cortinas echadas y algunos guardias enmascarados aguardaban al vis tanto que había ido a entrevistar, a sostener largas conversaciones con el inquilino de la casa de huéspedes. Era el Gran Pensionario Jan de Witt, jefe de la república holandesa e impulsor del régimen liberal y progresista, el palmero Jan de Witt, el mayor político holandés de su tiempo, quien no vacilaba en acudir una y otra vez a la pensión del señor Van Der Spek, porque consideraba indispensable discutir con el filósofo los laberintos de la política de su tiempo, una política que seco acojonaría todas las demás sobre la persona del Pensionario, a quien las tribus orangistas secuestrarían una aciaga jornada de 1672, matándolo atrocemente. Al conocer la tragedia, el hombre quieto de la Pavilengracht perdió su prudencia proverbial y, desesperado, quiso llorar sobre los

muros, en el lugar de crimen, un libelo acusatorio que redactó y tituló *Cibet Berberorum*. Pero el señor Van Der Spek se lo impidió, salvándole la vida.

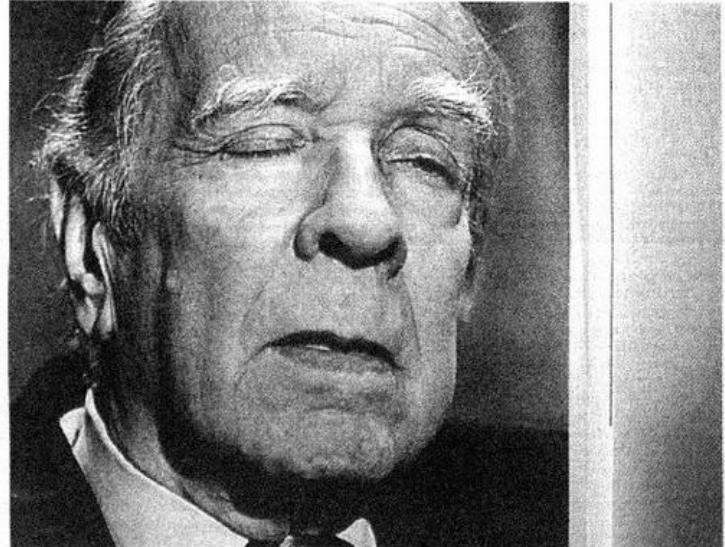
Quizás fueron algunos de estos hechos los que zambillaron la cabeza de un hombre de 85 años —silo le quedaba uno de vida— cuando el 1 de abril de 1985, el dictador Videla ya no estaba en el poder siro en la circos— hablaba en la sede de la comunidad judía bonaerense y confesaba: "Me he pasado la vida explorando a Spinoza". Y Borges, podemos imaginar, quienes no estuvieron allí esa tarde en aquel salón de la calle Sarmiento de Buenos Aires, a su gargonza y quemada de luengos, su tono monocorde— explicaba que "Spinoza llevó su voluntad, no diré de engredar, sino de dirigir a Dios, ese cristalino laberinto, hasta el fin". Y de inmediato, Borges pronunció la siguiente invocación: "Pero, mientras él se dedicaba a ese propósito, estaba creando otra imagen. Esta otra imagen no es menos mortal que la de Dios. Es la imagen que ha dejado en cada uno de nosotros. La imagen de su propia vida. Recuerdo una expresión latina, *cita umbrales*, vida en la sombra. Es lo que buscó Spinoza y lo que no ha logrado claramente, ya que ahora, tantos siglos después, estamos aquí, presionando en él, yo testigo de la labor de él y todos extrañándolo. Y curiosamente, queriéndole".

Más tarde, Borges, en el primero de los dos sonetos que dedicó a Spinoza lo había nombrado con parecidas palabras: "El hombre quieto" que está soñando un claro laberinto". Y diez años más tarde volvió a escuchar la pieza de pensión de La Haya, allí donde "el asido manuscrito aguarda ya cargado de infinito,/ alguien construye a Dios en la penumbra".

Vínculos

En los mismos años en los cuales, en la Argentina del dictador Videla en el poder y luego en la cárcel, Borges evoca e invoca a Spinoza, otro hombre hace lo propio en la cárcel de Rebibia, en Roma (pero también en otras prisiones esparsas por toda Italia, las de Rovigo, Fossombrone, Caivano y Trani), donde ha sido encerrado por considerársele el inspirador del terrorismo de las Brigadas Rojas. Es Antonio Negri, o Toni Negri, catedrático de filosofía y preso político que contiene el libro que escribió en la cáldida con una frase drástica: "Spinoza es la armonía". Y explicando que si Spinoza, ateo y calisto, no terminó en la circos o en la hoguera, a diferencia de otros innovadores revolucionarios de los siglos XVI y XVII, se debe al hecho de que el mercantilis-

¿Por qué Borges nunca llevó a cabo el proyecto largamente acariciado de un libro sobre Spinoza? El autor argentino Álvaro Abós explora el misterio de la relación entre el genial escritor del siglo XX y el filósofo holandés del XVII, dos hombres que tal vez tuvieron vidas paralelas.



Spinoza y Borges, el encuentro de dos hombres quietos

[artículo] Álvaro Abós.

AUTORÍA

Abós, Alvaro, 1914-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Spinoza y Borges, el encuentro de dos hombres quietos [artículo] Álvaro Abós.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)